

Emilio Durkheim y la Psicología Sociologista

*Por Harry ALPERT,
de la "Revista Americana de Sociología".*

EL profesor Steuart H. Britt ha suscitado últimamente la cuestión siguiente: Psicólogos sociales o sociólogos psicologistas ¿cuál de los dos? El problema evocado ha constituido el pensamiento central de los estudios de los psicólogos sociales, de los filósofos y de los sociólogos de dos generaciones. A la cabeza del movimiento para establecer una sociología psicológica "sociologizando la psicología" ha estado el grupo de pensadores que rodean a Emilio Durkheim y a la revista "El Año Sociológico" (*Année Sociologique*). El presente artículo es una discusión de la posición de Durkheim dentro de la necesidad de hacer de la psicología una disciplina socialmente consciente.

La consecuencia psicológica de la regulación social es la privación individual. Los impulsos de origen biológico se ven inhibidos cuando el hombre vive en una sociedad ordenada. Las reglas existen generalmente en donde quiera que hay la tendencia de obrar en contra de sus mandatos, y el precio del orden social es la restricción individual. Es sin embargo un punto de vista unilateral, considerar a la sociedad como un mecanismo de control. Si la sociedad es sujeción, es también liberación; debemos tener en cuenta los dos lados de la medalla. La sociedad es para sus miembros no solamente una regulación, sino también una fuente de vida y de expresión, Durkheim lo dice sucintamente cuando afirma que la sociedad no es únicamente un sistema de órganos y de funciones que se mantienen en contra de fuerzas externas, sino también el centro de una vida moral interna que conduce al individuo. La sociedad es la fuente, la creadora de las ideas,

de los ideales y de los valores, y tiene, usando una metáfora de Durkheim, no solamente cuerpo, sino también alma; ésta última es la tonalidad de los ideales sociales. El fenómeno está compuesto esencialmente de sistemas de valores y de ideales. Una sociología comprensiva debe considerar a la sociedad como directiva de la vida humana sirviendo también para desarrollar la personalidad.

Es muy común en la sociología hablar de “nuestra herencia social” empleando la frase de Graham Wallas, lo que impide que el hombre descienda al nivel de la bestialidad y de la animalidad. La totalidad de las técnicas socialmente adquiridas y transmitidas, el conocimiento, las creencias, las instituciones, las tradiciones, los valores y los ideales constituyen la diferencia entre el hombre civilizado y el salvaje despreciable que se acerca a la animalidad. Durkheim acertó al decir que “el hombre es humano solamente porque es civilizado”. Quitémosle al ser humano su lenguaje, su inteligencia, sus categorías de pensamiento, su ética, su religión, su arte, su ciencia y su filosofía y ¿qué queda de él? Un animal dominado completamente por sus apetitos, una presa de sus instintos, de sus impulsos y de sus caprichos, cuya vida sería pobre, solitaria, asquerosa, bestial y de corta duración. Graham Wallas ha pintado con vivos colores en un pasaje de su conocida obra: “Si la tierra chocara con uno de los cometas de Mr. Wells” lo que sucedería si los pocos supervivientes perdieran como consecuencia de la catástrofe sus conocimientos y sus hábitos adquiridos a través de tantas generaciones.

El hombre recibe dos herencias: de sus antepasados recibe su naturaleza original, sus órganos, capacidades, funciones, impulsos y tendencias de la sociedad; por otra parte, recibe a través del proceso educativo, su naturaleza social, su cultura, sus valores, en una palabra, su civilización. La cultura, sin embargo, no es una parte biológica del hombre. Es una imposición post-natal a su organismo biológico, y este es el significado real de su herencia social. Su doble herencia, por lo tanto, hace del hombre una criatura dual, lo que da origen a su interminable e inextricable desasosiego. La naturaleza humana, como resultante de su ser natural y de su ser social, es una imperfecta armonización de los dos componentes que, a su vez, son elementos en muchos aspectos divergentes. Las exigencias de la vida social no son siempre compatibles con las necesidades y los placeres del organismo. Para ordenar la sociedad es necesario que exista un elemento ascético y, por lo tanto, privativo. Presentando el ser humano una dualidad, tiene que estar sujeto inexorablemente a una tensión incesante. “Lejos de ser simple, nuestra vida interior tiene una especie de doble centro de gravedad. Pues tenemos,

por una parte, nuestra individualidad, con nuestro cuerpo que es la base; y por la otra, todo aquello que en nosotros expresa algo distinto de nosotros mismos". (E. Durkheim, "Le Dualisme de la Nature humaine et ses conditions sociales", *Scientia*, XV, 1914, 209). Podrían ser las tensiones un precio muy elevado que hay que pagar por vivir en sociedad, pero necesario si queremos tener una personalidad humana. Es de la sociedad, y no de la naturaleza, de la que obtenemos las condiciones indispensables para el desarrollo de la personalidad. Es la sociedad la que nos enseña la disciplina y el *self-control*", que son los frenos sin los cuales nuestra personalidad se desbocaría. (Véase "L'Éducation Morale, E. Durkheim, París, Alcan, 1925, págs. 19-62). Durkheim ha descrito muy bien las consecuencias de la "anomia" que es la condición en que la presión social para conservar la disciplina, se vuelve impotente.

Imaginemos a un ser liberado de toda sujeción externa, un déspota más absoluto que aquellos de que habla la historia, un tirano a quien ningún poder exterior pueda gobernar y dominar. Por definición, los deseos de semejante sujeto son irresistibles. ¿Vamos a decir por eso que es omnipotente? Seguramente que no, puesto que él mismo no puede resistirlos. Las pasiones y los deseos lo dominan, está sometido a ellos, no puede dominarlos. En una palabra, cuando nuestros deseos se ven libres de toda influencia moderadora, cuando nada los sujeta, se vuelven tiránicos y el primer esclavo es el sujeto que los obedece. Y ya sabemos el triste espectáculo que presenta. Los más encontrados impulsos, los más antitéticos caprichos se siguen uno después de otro llevando a este supuesto soberano en las más divergentes direcciones, de tal manera que su aparente omnipotencia se resuelve al fin en una verdadera impotencia. Un déspota es como un niño; es víctima de sus debilidades y por la misma razón no es dueño de sí mismo. El dominio de sí mismo es la primera condición de todo poder verdadero y de toda libertad.

La "anomia" conduce al suicidio, porque la vida humana no puede conseguir la felicidad, a menos de que nuestros deseos se aproximen a nuestros medios. Normalmente, la influencia moderadora de la sociedad sirve para revisar nuestros deseos y para limitarlos. En las condiciones de "anomia" los frenos sociales se rompen, los deseos del individuo se desbordan, y la psicología de "tener por límite el cielo", se impone. La estadística del suicidio hace entonces el *record* del resto de la historia.

Al imponer la disciplina individual, la sociedad crea las condiciones para la expresión de la personalidad. Dicha expresión significa acción sistemática y esto implica naturalmente una atención y un esfuerzo sostenidos y

el desarrollo de hábitos bajo la presión de las necesidades sociales. La sociedad ejerce, además, una acción más positiva.

Como ya dijimos, y Cooley lo ha enseñado, nosotros adquirimos de nuestra experiencia en la vida social el sentido de los valores, nuestros ideales, nuestras simpatías, nuestros amores, odios y temores. Más aún, es la sociedad la que ha creado la dignidad del hombre y la gloria de su pasado y su futuro. Esta es una de las razones de por qué una psicología de la naturaleza humana debe de ser sociológica. Puesto que gran parte de la naturaleza humana tiene un origen social, una psicología comprensiva debe estudiar: una sociología de los valores que trace el marco y los orígenes sociales de los ideales y analice los factores sociales en la ética, la religión, las leyes, la economía, la vida y el arte; una sociología del pensamiento y del conocimiento; una sociología de los estados mentales, de las emociones, y una sociología del lenguaje.

Apenas se puede negar que la psicología sociológica de la naturaleza humana, que ha sido inspirada por Durkheim, ha dado amplios y significativos resultados. Naturalmente que en los estudios de orden sociológico, debe uno cuidarse de ignorar la base biológica de la naturaleza humana y de reducir al individuo a un simple autómatas que recibe y se conforma impasible, con su herencia social.

Merton tiene, incontestablemente, razón en afirmar que cuando los escritores franceses "tratan las representaciones colectivas como entidades hipostáticas que se convierten en individuales en su imaginación, quedan reducidas a cosas estériles y sin significado" Podemos asegurar nosotros, sin embargo, que esta crítica no se le puede aplicar a Durkheim. Profundamente conocedor es este último, de la naturaleza recalcitrante de los seres humanos, y de la tendencia fundamental de los individuos de ser refractarios a las disciplinas sociales. Es erróneo, por lo tanto, atribuirle a Durkheim, como aparentemente lo hace Malinowski, la teoría de la obediencia automática y pasiva a los códigos sociales. Siempre vió Durkheim con tristeza el antagonismo inherente entre las exigencias sociales y las inclinaciones del individuo. "Si la sociedad fuese simplemente el desarrollo natural y espontáneo de nuestra naturaleza orgánica, escribía Durkheim, no habría resistencias ni conflictos entre nuestro ser biológico y nuestro ser social" Estas dos partes de nuestra naturaleza armonizarían y se ajustarían la una a la otra sin fricción alguna. La sociedad, sin embargo, tiene exigencias enteramente diferentes de las que posee nuestra naturaleza estrictamente biológica. Nuestra naturaleza orgánica y la social tratan siempre de armonizar

a pesar de los diferentes elementos de que se componen y que tienden a orientarnos en direcciones divergentes". (E. Durkheim, *Scientia*, 1914, págs. 219-20). Semejantes ideas no podrían ser expresadas por quien ignora las raíces orgánicas de la vida humana o por quien ve en el individuo únicamente un producto pasivo de su medio social.

También es de dudarse si es válido el cargo del "determinismo cultural" que se le hace a la rama durkhemiana de los psicólogos sociales. Si el "determinismo cultural" ignora las diferencias individuales y si "considera al individuo como un recipiente pasivo del patrón cultural de su grupo" y si pone poca atención a la naturaleza original y no ve problema alguno en el desarrollo social, debilitando las posibilidades de los individuos en el campo de la experiencia", es entonces un error atribuir esta posición como lo hace Blumer, a escritores como Blondel y Halbwachs y aún al mismo Levy-Bruhl. Es cierto que estos psicólogos sociales franceses se han dedicado al estudio del fenómeno psicológico social, pero al hacerlo nunca han negado que este fenómeno posea otros aspectos. Blondel, en particular, ha insistido en la importancia de una psicología de las diferencias individuales en la que se consideren los factores psicofisiológicos y psicosociológicos.

Otro peligro inherente a los ensayos sociologistas es la tendencia a inventar nuestros propios principios psicológicos o el de adoptar implícitamente algún sistema de psicología que está fuera de uso. Es casi imposible estudiar fenómenos como el de la mentalidad primitiva, aun en su aspecto estrictamente sociológico, sin adoptar algún punto de vista psicológico de la naturaleza de los procesos mentales, de las asociaciones de ideas o de la motivación humana. Es imperativo, por lo tanto, que el sociologista esté en constante relación con el desarrollo de la ciencia psicológica, así como también es obligatorio para el psicólogo no ignorar lo que el difunto profesor Delacroix denominaba "dimensión social del dato psíquico".

Como su tarea comprende cierto grado de psicologización, los sociologistas deben estar más conscientes de sus implícitas suposiciones psicológicas. Uno de los más serios defectos en Durkheim es precisamente la tendencia a adoptar o inventar principios psicológicos *ad hoc*.

Un tercer peligro de las investigaciones sociologistas consiste en objetivar la sociedad y las fuerzas sociales. Los durkhemianistas no tienen indudablemente, antecedentes limpios en su haber. Pero si nosotros distinguimos, como lo hace Essertier, el "sociologismo puro" con su aceptación literal, absoluta y substancial, con conceptos como "conciencia colectiva" y "en-

tividad colectiva” del neo o moderado sociologismo, como lo profesa el profesor Marcel Mauss y parece también haber sido adoptado por Paul Fauconnet, y que tratan la “conciencia colectiva” y las “representaciones colectivas” simplemente como modos heurísticos de expresar la realidad de la vida asociacional, entonces no vacilaremos en calificar la posición de Durkheim como la de un neo-sociologista, en vez de un sociologista puro. Si la expresión no es muy extraña, podemos decir que Durkheim era un moderado durkheimianista.

En conclusión, deben esforzarse los sociólogos, siempre que den una consideración debida a la base biológica de la naturaleza humana, por hacer más explícitas sus conjeturas psicológicas y evitar la tendencia a objetivar lo social, para de esta manera poder presentar un cuadro más revelador y penetrante de los aspectos personales de la vida social.

“Colegio de la ciudad de Nueva York”.